

**Fascículo 26 – PROMETIENDO SEGUIR**

(Mc.6 / 8 / 10 / 11 / 12)

Seguiremos a Marcos hasta completarlo. Hoy será imposible entrar en una explicación detallada. Para que se hagan una idea de su extensión, la gran secuencia de los panes comienza en Mc 6,33 y termina en Mc 8, 26. Ocupa dos capítulos.

La llamo “la secuencia de los panes” porque la palabra pan, que se repite rítmicamente a lo largo de estos dos capítulos, canaliza el sentido de todas las escenas y sirve de guía al lector. De veintiuna veces que se constata la presencia del término pan en el evangelio de Marcos, diecisiete corresponden a su uso en estos dos capítulos. La secuencia contiene no una, sino dos escenas de reparto.

Digo “de reparto” y no de multiplicación, porque Marcos habla de división, no de multiplicación. Y tampoco hay indicios de poder referirse a un “milagro”.

La equivocación surge de obviar los detalles de la narración en los que Marcos vierte su enseñanza. Al dejarlos de lado se obtienen falsas deducciones.

Piensen lo siguiente: En ninguno de los dos casos de reparto de los panes se verifica asombro de la multitud ante el acontecimiento. Una acción tan deslumbrante habría merecido cuando menos un “¡oh!” de admiración en los presentes. Había poco que repartir y muchas bocas para comer, lo cual concedía al suceso la consideración de extraordinario. Sin embargo, tras saciarse todos hasta sobrar, nadie interpretó el hecho como algo portentoso. De haberse producido un milagro, él habría demostrado su origen divino y la gente lo habría reconocido sin reticencias, ¿verdad?... Pero no ocurrió ni lo uno, ni lo otro...

Observen ahora este detalle: No se explica cómo los discípulos, que habían sido protagonistas y testigos directos de la primera operación de reparto, se muestran pesimistas ante otra situación similar de falta de comida. Miren lo que dicen en esta segunda ocasión:

*“¿Cómo va a poder nadie saciar a éstos de pan aquí en un descampado?” (8, 4)*

¡Pero si ya lo había conseguido!

Su actitud indica que no percibieron nada fuera de lo común en el primer reparto. De haber considerado el hecho como milagroso, lo habrían acogido con los brazos abiertos. Un líder realizando semejantes hazañas les venía a las mil maravillas para sus ambiciosos planes.

Algunos ideólogos de la capital tampoco advirtieron ningún signo prodigioso en el suceso. ¡Y no fue porque anduvieran despistados! Porque percibieron la minucia que a ellos les concedía protagonismo: la inobservancia de las leyes de la pureza detectada en los discípulos:

*“Se congregaron alrededor de él los fariseos y algunos letrados llegados de Jerusalén y notaron que algunos de sus discípulos comían los panes con manos impuras, es decir, sin lavarse las manos” (7, 1-2).*

En eso repararon únicamente.

Y, ahora, fíjense en este último dato. Después del segundo reparto, la facción de los rigoristas religiosos le exigió la realización de un signo milagroso. Si solicitaron un milagro como aval de su praxis, obviamente antes no reconocieron que lo hubiera. Leemos:

**“Salieron unos fariseos y empezaron a discutir con él, exigiéndole, para tentarlo, una señal del cielo” (8,11).**

La religión busca que cambie su estrategia. Le incitan a desviarse de su programa y a presentar salidas sobrenaturales y providencialistas ante la situación de dejadez que presenta el pueblo.

El milagro interesa. Una praxis social, no.

Considerar el reparto de los panes como un milagro, es dejar las cosas como están. Es pretender desviar la mirada de la realidad distrayendo con magia. Resulta fácil trasladar a Dios la responsabilidad de las multitudes hambrientas; con ese truco se niega que el hambre proceda de la acumulación de la riqueza.